
METAFORA 6

Revista Literaria del Grupo de Trabajo "Río"

Director: William Guillén Padilla

Cajamarca - Perú Año 6 N° 6 Junio 1989

LA MUJER DEL BREQUERO

La mujer del brequero tiene un montón de hijos. La mitá son hijos de su vientre y la otra mitá son del brequero. A los suyos les sirve a plato lleno y grande; a los otros, la sobra yen plato chiquito.

Cuando llega el brequero, cómo hace. A to-ditos, propios yajenos, los pone sentaditos en fila y con el cucharón del guiso les pinta la boquita por igual.

Antonio Ureta Espinoza

En el momento en que el señor Ministro de Vivienda
mete la llave en la puerta de su casa
se escucha un coro polifónico que le espera siempre en la calle
y entona dulcemente el *appetitus inordinatus propriae excellentias*
anónima ópera en sol mayor de origen medieval.

En ese mismo momento
un individuo de saco plomo se acuesta en la mojada hierba
del parque
otro cuelga sus medias en los alambres de los postes
una señora acuesta a sus hijos en una caja de fósforos
otro mordisquea un pedazo de madera al filo de la vereda
un muchacho se acurruca como un feto entre sus latas de betún
a esa hora de la noche otro ajusta las palancas de sus brazos
sobre sus pulmones y sus ojos para soñar en plena vía pública
un anciano descuelga su frazada del cielo y se acuesta bajo el monumento
otro se mete en su propio bolsillo del pantalón
un obrero se introduce en un sobre de carta sobre la arena
un empleado se arrecuesta a un muro de ladrillo se saca los lentes
se queda a oscuras y juega a las escondidas consigo mismo
antes de quedarse dormido con los zapatos puestos
un señor apaga de un soplo el gran aviso luminoso de la Coca Cola
y se estira como un gato en el colchón imaginario del cemento
otro se desnuda bajo la garúa y se enjabona
una joven orate se desploma y se cubre la cara con un periódico
protestando porque le malogran el jardín delantero
las luces de los vehículos que a esa hora son ya escasos
un avión aterriza en el tercer patio iluminado de una residencia
se importan heliópteros de Polinesia para las cuatro mil macetas

de otra residencia

se ozonizan para el día siguiente los tres ascensores de otra

y se lustran las perillas de oro de los cinco baños de otra

y se cambian los murales de vidrio de otra inmensa casa

porque en uno de ellos hace un rato se les ocurrió

copular a dos moscas que fueron llevadas a la prefectura.

Ligadura imprescindible *Martín Rojas Quiroz*

Porque estoy zurcido en la vida así sauce
he regresado para reconocer luz y muerte y aullidos
ardiendo como antorcha hecha de bolsas plásticas

Luz que flota:

globito de fiesta entre nuevas manitas

Muerte que espera:

mordedura sobre mordedura

Aullidos que emergen:

fósforos apagados en el agua

He venido para escuchar ríos subterráneos

pegando orejas a los árboles

regalando herrajes a caballos y mulas

transeúntes de dueños y estaciones

He venido no sólo a preocuparme por la temporada:

pedazo del año con cual o tal característica

Frío y heladas caerán sobre sembríos y proyectos caerán

Un ofidio morirá amarrado en raíces acuáticas

Caerá laavecilla y su madre

Moscas verán quebrarse sus alas y luego trompas patas cuerpos

En un instante todos morirán

Porque estoy zurcido a la vida así sauce

tengo que decirles

de suerte:

semilla que esta vez no se sembró

de casualidad:

paloma que encuentra pareja entre maizales

y de esperanza:

zanahoria dibujada en la mente de un conejo.

Como un banquete al que se va vestido
corbata michi y terno azul marino,
pasa la procesión -en ómnibus de madrugada
y haciendo garabatos- sin Cristo ni Virgen de domingo

Como una cometa que vuelve sin sentido,
viento que hace volar el cielo en hábitos morados,
otra vez el puente del hilo de la pesca
anzuelo que del tiempo muerde hilachas,
pasa el mismo chorro de sangre con sus mil cuchillos

Como si la memoria fuese un fardo ajeno
jalando arriba abajo el mismo sol eterno
de espaldas a un muro al pie de los Olivos,
puerta tapiada para un Mesías que no asoma
ni por asomo su cara de siete ojos

Mi corazón es ese muro: ruina
que no contenta con ser ruina se hace añicos

para Patricia Morote Casanova

En Cajamarca la lluvia desmadeja una balada triste;
las calles hasta la plaza traen su trajín atardecido;
un comerciante memoriza deudas, llora un niño;
una muchacha, un beso, un amigo, una taza de café.

Las noticias: por las sierras del sur
un guerrillero muere, matando muere y siembra
una bandera roja.

Más al sur, Patricia, "una alegría sin rumor",
la hija de mi hija, cumple un año.

Paty: cuando mi silla esté vacía y el perdón
haya borrado cuanto amaba,
tus padres te dirán: "Tu abuelo era..."
pero nada de mí será recuperable.

Otros fueron los caminos por los que yo fui cayendo,
distinta mi alegría, otra la fiesta, vino y besos,
y otra la gente que me fue olvidando:
en nada parecidas nuestras vidas.

Pero un día inesperado, un viento antiguo
sacudirá tus venas y apasionada entonarás
el himno indispensable para arreglarte los cabellos
y alertar a tus parientes y cargar un fusil
y salir a las calles a pintar de rojo
el cielo, el amor y la esperanza.

Sabrás entonces que en tus sueños
vuelve a soñar la sangre de tu abuelo.

Sus lenguas, almejas indecisas. Los truenos y aguaceros enrojecen en las sábanas de los cuerpos en reposo. Afuera, a unos pies, el laberinto que unas páginas en blanco han hecho suyo. Las ventanas insuficientes y lucífugas. Sábado se parece a contarlo todo. Amándose como cuadrúpedos o múcaros inauguran las sombras. Diríase que el Mar Caribe o un pedregal marino en Riverhead los suda. El placer de escribir se les condensa.

Enigma la luz de la piel cuando adivina sus súmulas perversas.

Me he quedado pegado a las frazadas
esta mañana. No quiero mirarme en el
espejo. Voy a cambiar de vida. Tengo
el rostro agrio y vendado de penas.
Me dices pintor que sólo hago metáforas
y no puedo negarlo: soy una existencia
vana que sirve a fines ajenos. Pues el
poeta no existe: lo existen. Voy a
invitarte a ti y a tus pinceles para
que pintes las cataratas donde gorilas
de espuma hacen piruetas. Ahora si
te digo que no me gusta mi vida porque
yo ya no soy yo y sin embargo tengo
algunos vicios. Me dirás que sigo haciendo
metáforas y que nunca he de cambiar.
Voy a mirarme en el espejo y espero que
mi rostro no se caiga en pedazos por
los mil años que tiene. Esta noche bailaré
con sentimiento porque habrás entendido
que en verdad deseo cambiar de vida y así
podré desabotonar la piel lila de la poesía.

*Si atento escucho el viento oigo de tu voz
si miro a la muerte oigo tu canto.*

JURE KASTELAN

En tarde de verano supo que la vida tenía bondad de sombra y agua
caminando cataratas arriba

comparaba al astro mayor con conocido metal.

Era cóndor hembra dueña de neblinas y granizos

trucha hembra pariendo ríos y leyendas

venado hembra con agilidad de centella

escarabajo hembra enamorada del suelo.

Sin aliento ya, comprendía que la tierra parecía
clara de huevo sobre sartén de arcilla.

Kenas de hueso iniciaban/ al compás de trotes de alpaca
danza en honor a la estadía de Atao Huallpa.

De pronto, oh imaginación

el sol topó tu pecho y nació camino dorado

por donde la pólvora vino sietemesina.

Es así como nace/ recuérdalo por favor

-sobre tu cuerpo de madera-

el fuego en tu pecho

y como inflado pecho de huanchaco

tu tarde desgastada/ avergonzada quinceañera.

Cuando cánticos silenciosos
recorran miserias nuestras
cuando desee tu rostro
besar con palabras justas
querré contemplar el cielo
como en sueños tu oscura huella.

II

He visto tus manos labrar pobreza
tus dedos cansados
tejiendo tristeza.
¿Hasta cuándo, labrador de sueños
tu mirada incierta seguirá trotando?
¿Hasta cuándo
por estos locos sueños seguirán mirando?
He visto tus manos
buscando retazos de piel
en su vasta cadencia.

Por estos bosques
caminaron los pieles rojas
sus negras cabelleras, crines, polvo,
fuegos azules y rojos
estandartes y cueros de caballos

El sol los alumbraba quieto y feroz
pinos inmensos y el fuego
llantos como corazones.

Antes los ríos
y el susurro de sus aguas
lamían la espalda de tu historia

Cuando llegaron las banderas
tu tribu y la empalizada
detuvieron armas blancas como sus rostros

De pronto no fuiste ni tú ni tu pueblo
sólo de sangre se hizo la yerba
y crecieron antiguos potros
con otras sillas y otros cuerpos
y acabó la patria
sus pájaros, su yerba
su sol murió
como mueren los vencidos
tus tiendas fueron invadidas
y tu cabellera se descolgó
como un aire
que arrebató
cataratas de crines a su paso

El día que vuelvas la mirada
y aprendas a soñar,
el día que entiendas
el vuelo interminable del zorzal
y observes en las tardes
la inevitable puesta del sol
ese día
ese día nuestras vidas
serán un río
y tus ojos
lípidos cristales
dos rayos rompiendo la oscuridad
dos verdades haciéndome revivir
incitándome
atándome
tentándome a morir contigo.

Hombre mortal de la montaña infinita
cabalgas en la noche con espada de luna y acero;
dos tiempos se plantan en medio de tu sombra.

Avanzas gozoso y vences al horizonte,
rompes la inmortal medianoche.

Hombre del trueno,
descended al suelo
tocad estos brazos metafísicos y abiertos. Venid,
susurrad el amor
en esta gran oreja que es el mundo.

Hombre no te marches
con el sentimiento desnudo.

No me importa ver al hombre
acunándose en el aire,
no me importa ver al mago
haciendo palomas de pañuelo,
no me importa ver al mono
aplaudiendo su acrobacia;
me interesa el payasito
con su cara embadurnada,
naricita de ciruela,
zapatos de franela
y camisa remendada.

Me encanta el payasito
iluminado de alegría,
con sus flojos pantalones
y sus lindos chascarrillos.

Sin embargo, me atormenta
la sensible ocurrencia
(ironía de la vida):
su cara está riendo,
su alma está llorando.

El mar termina en las
pupilas de mis ojos que nadan
en busca de tu presencia.

He sembrado inquietudes
a tu nombre
como brindando
por un hoy y un mañana
que se inclinan
cual columnas de goma
buscando luces en el horizonte
que esboza el resplandor
de tu inquieta mirada
de hoguera y hielo
cuajada en cada ángulo
convergente
de las células
que llenan mi cuerpo
de primavera reciente.

Mujer, principio y fin de lo soñado
en estos segundos que devoro con ansias
pasas a ser en mi vida
mucho más que una circunstancia
después de mucho andar
te vuelves sabia de lo caminado
el universo cobra sentido
y entras creando
la duda del futuro y la conciencia del pasado
la voz del poeta se hace pequeña
cuando te transformas en el arma de la causa
cubres de un manto invisible
 el desvelo del soñador
tornándote cauce de mi río
y cuerpo de mi siembra.

Te prometo,
no dejarme caer bajo la lluvia
y sentarme al pie de tu sombra
para reírme del tiempo,
de las horas que pasan
como hombres presurosos
a la caza de las cosas.

Te prometo,
no herir tus mejillas
con mi prisa,
porque hoy, me siento como un río
reventando dentro de tus ojos
y no tengo fuerzas para detenerme
al filo de tus párpados.

He oído tu voz, Braulia
como un eco de clausura,
o una fugaz sierpe de viento.

He oído tu voz como una orden de alto.

Y he visto tus escuadras tomar mi cuerpo por asalto...
Soy tu prisionero de guerra en un área que tú
ni yo conocemos.

Cuidado, Braulia...

Tus alguaciles me hieren con sus falangias tristes
pero esta misma noche pueden ser prendidos de muerte
por algún escuadrón quiróptero de la urbania...

Y entonces lloraré porque tú te quedas sola
lloraré
porque ni tú me habrás ganado
ni esta ciudad haya podido darme muerte.

Sol feroz a orillas de un río.
Mercado con mujeres gordas,
niños de ojos brillantes, cazadores
y rústicos arrastrando a sus bestias.
Lienzo de antaño que es otro y el mismo.
No obstante por esa senda de piedras
los años diluyeron clamores;
y en mi titubear surgieron otros.

El mercado y su gentío persisten
pero a orillas de otro río,
y es ahora solitaria flor de fuego;
los aborígenes, sus pasos,
sonoridades de una flauta
en la mejor estación del año.
Unos bueyes galopan en la lejanía.
La codicia de unos y otros,
formas de la ausencia, garabatos
refundidos en el horizonte.

El tiempo, ya se sabe,
no tiene piedad y a donde vayas
sus dardos justos allí
donde ninguna cicatriz es eterna.

Después del almuerzo dormitó algo. Luego se fue a la chacra a terminar de quitar la mala hierba que había invadido el sembrío. Trabajó duro, hasta sentirse desfallecer de sed. Hacía bastante calor ese día. Protegiéndose los ojos con las manos, miró de frente al sol y calculó que debían ser las cuatro de la tarde. Eh cará!, se dijo, voy a tomar mi ventisho así. Cogió su machete y se dirigió al trapiche sudando copiosamente.

Cuando llegó al amplio espacio únicamente sombreado por un techo de palma, vio sentado en el suelo, y recostado contra el molino, a un hombre con la cara escondida entre los brazos que apoyaba sobre sus rodillas.

-Buenas, don-- le saludó.

El hombre levantó un rostro flaco y descolorido, dando la impresión de encontrarse muy enfermo.

-Buenas...-- contestó, con voz apagada.

-Estás mal, don. Por qué no te vas a la casa a descansar? Ahí tenemos campito para las visitas.

-Gracias, don. Sólo voy a quedarme un ratito.

-Bueno. Pero si se anima...

Como ya no podía moler caña sin importunar al desconocido, cogió una y se puso a mondarla de espalda a éste.

-Y para dónde bueno, don?-- preguntó, tratando de entablar conversación.

No tuvo respuesta.

Fue entonces cuando sintió el silencio. Un silencio rotundo, pesado, denso.

Se volvió bruscamente y ya no vio al hombre. Miró por todos lados: sólo la brisa mecía el ramaje de los árboles. Intrigado, tirando la caña y el machete se dirigió a la casa.

En la cocina encontró a su mujer atareada en remendar uno de sus pantalones.

-No ha venido nadie?-- le preguntó, mientras sacaba agua de la tinaja.

--Cuándo?

--Reciencito!-- se impacientó, bebiendo con ansiedad.

--No. Quién, ya pue, va venir?

Le contó lo que le había sucedido. Cuando terminó, ambos se quedaron callados y sin mirarse. Después de un rato, él habló primero:

--Quién habrá sido?

--Algún pobre que estará recogiendo sus pasos-- respondió suspirando la mujer.

No hacía mucho que se habían acostado, cuando empezaron a ladrar los perros. Se levantó a ciegas, buscó los fósforos y encendió la alcuza.

--Quiénes serán?-- preguntó a su mujer, que ya se estaba vistiendo.

Pasó a la otra habitación y abrió la puerta. Los perros, que seguían ladrando, se calmaron al verlo. Escuchó voces llamando.

A la luz vacilante del mechero, consiguió distinguir a una señora cogida de los hombros de una niña y, algo más allá, a dos jóvenes que portaban una especie de camilla.

--Buenas noches, don-- fue la señora quien habló--. Venimos a pedirte hospicio por esta nohecita, si es que no te es molestia.

--Qué ya pue, doña! Ni que fuéramos qué cosa así.

Quitando los palos que, atravesados, cerraban la entrada del cerco que rodeaba la casa, les hizo pasar al patio.

Cuando los muchachos estuvieron a su alcance, se dio cuenta que en la camilla había otra persona totalmente tapada.

--Y qué es lo que tiene tu enfermito?-- se interesó.

--Ojalá estuviera enfermo, don!-- se puso a llorar la señora--. Ya está bien difuntito ya!

Lamentó sinceramente haber hecho tal pregunta. Por eso se apresuró en conducirles a la salita, donde los recién llegados saludaron a su mujer.

--Aquí se acomodarán, pue-- les dijo--. Voy a traerles algo para que hagan su cama.

--Diosito te lo ha de pagar, don-- agradeció la señora, mientras él subía al terrado.

Regresó con dos o tres esteras, un pellejo de ganado y algunas mantas que los huéspedes cogieron para improvisar sus lechos. Pobres como ellos, pertenecían a ese tipo de gentes que tenían que viajar a pie cuando necesitaban trasladarse de un lugar a otro.

Para no quedarse callado, preguntó:

—Se están yendo a Moyobamba?

—Regresando más bien, don-- volvió a contestar la señora—. Vamos de regreso a nuestro pueblo.

Se dijo que no le asistía ningún derecho para andar escarbando en el dolor ajeno, pero no pudo contenerse:

—Y a qué iban allá, pue?

—A Moyobamba? A curale a mi marido. Bien feo ya vuelta le había atacado la enfermedad. Anemia creo que se llama. Tanto que hemos padecido trayéndole para que se nos venga a morir el pobre, justo cuando estábamos por chimbar el Gera.

—Y cuándo fue eso?

—Hoy día. Como a las cuatro habrá sido.

Se estremeció. La escena del trapiche presentóse nítida en su memoria.

—Puedo verle?— pidió, señalando la camilla.

—Cómo no, don, siga nomás.

Descubrió la cabeza del muerto y la respiración se le alteró.

—Es él-- musitó, dirigiéndose a su mujer.

Ella no dijo nada; se limitó a mirar el cadáver con detenimiento.

—Usté le has conocido a mi papá, don?— habló por primera vez uno de los jóvenes.

—No-- contestó—. Pero me avisó que vendría.

CUENTOS DEL TÍO LINO

Andrés Zevallos

Edición aumentada

Lluvia Editores

FUEGO DEL SUR

Cuentos

Enrique Rosas Paravicino

Mario Guevara

Luis Nieto Degregori

Lluvia Editores

ANGELUS NOVUS II

Poesía

Enrique Verástegui

Lluvia Editores

COLABORADORES

Manuel Ibáñez Rossaza: Trujillo, 1940. Consagrado poeta y narrador peruano. Profesor principal de la Universidad Nacional de Cajamarca.

Francisco López: Concepción, Chile, 1953. Exiliado chileno residente en París, Francia.

René Casanova Silva-Renard: Cajamarca, 1918. Doctor en Educación. Postgraduado en la Universidad Autónoma de México.

Iris Pereda Quiroz: Cajamarca, 1966. Estudiante de Farmacia y Bioquímica en la Universidad Nacional de Trujillo. Integra el Grupo de Trabajo "Río".

Alejandro Calderón: Arequipa, 1960. Próximamente publicará el poemario "Dos golondrinas en el tejado". Reside en París.

Gualberto Rodríguez San Martín: La Paz, Bolivia, 1956. Ingeniero Geólogo. Primer Secretario de la Embajada de Bolivia en Francia.

Oswaldo Castañeda Silva: San Marcos, Cajamarca, 1967. Estudiante de Contabilidad en la Universidad Nacional de Cajamarca.

Martín Rojas Quiroz: Lima, 1963. Estudiante de Educación en la UNC. Integra el Grupo de Trabajo "Río".

Luzmán Salas Salas: Cutervo, 1941. Doctor en Educación. Estudiante de la literatura cajamarquina e infantil. Decano del Colegio Departamental de Periodistas.

Esteban Quiroz Cisneros: Cajamarca, 1957. Director de "Lluvia Editores". Integra el Grupo de Trabajo "Río".

Casimiro Ramírez: Jaén 1962. Estudiante de Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

William Guillén Padilla: Hualgayoquino. Coordinador del Grupo de Trabajo "Río".

Ramón Pajares Briones: Cajamarquino. Egresado de la Universidad de Lima, especialista en Ciencias de la Comunicación.

Antonio Ureta Espinoza: Concepción, Junín, 1953. Narrador de una vertiente estrechecora: la literatura oral. Estudia Literatura en San Marcos.

Isaac Goldemberg: Chepén, 1945. Ha publicado *Tiempo de silencio*, 1970 (poesía), *La vida a plazos de don Jacobo Lerner*, 1977 (novela), *Tiempo al tiempo*, 1984 (novela). Reside en Nueva York.

Pedro López Adorno: Puerto Rico, 1954. Doctor en Filosofía y Letras. Es catedrático auxiliar de literatura puertorriqueña en el Hunter College (CUNY), Nueva York.

Jorge Nájjar: Pucallpa. Integrante del Movimiento Hora Zero en la década del 70, y ganador del Premio COPE de poesía en 1986 con el poemario FINIBUS TERRAE. reside actualmente en París.

Luis Hernán Mozombite: Moyobamba, 1986. Es integrante del movimiento literario *Cauce* de Huánuco.